

NOTAS NECROLOGICAS

Albert Debrunner (1884-1958)

A principios de febrero de este año fallecía en Berna el Profesor Albert Debrunner, figura señera en lingüística indoeuropea, griega y latina. A él se deben varios e importantes estudios referentes a prehistoria e historia lingüística, tanto griega y latina como indoeuropea. El llevó a cabo la refundición y reedición de obras fundamentales en editoriales de la fama de C. H. Beck'sche Verlagsbuchandlung de Munich y la casa Walter de Gruyter de Berlín. Su nombre va unido al de los grandes maestros de lingüística y filología antigua, tales como Stolz, Hofmann, Schwyzer. La lista de sus trabajos científicos apareció en Berna en 1954, en el volumen de homenaje que le dedicaron sus amigos y admiradores con motivo de sus setenta años. Nuestra revista, que en diferentes ocasiones ha ido registrando a lo largo de sus números algunas de sus valiosas publicaciones, registra también ahora con pena la noticia del fallecimiento de este prestigioso Profesor e investigador que, si bien se nos ha ido, continúa aún alumbrándonos con la estela de sus escritos.

Juan Estelrich Artigues (1896-1958)

Otra vez —reciente, recentísima la muerte de la poetisa María Antonia Salvá— la intelectualidad mallorquina ha sufrido una baja de calidad con la muerte de D. Juan Estelrich, humanista y pensador sobre todo, cuyo óbito, cuando todavía tanto cabía esperar, sobrevino en París el 20 de Junio pasado.

Estelrich fué un varón polivalente: periodista, viajero, orador, político, diplomático, pensador y humanista, son los sustantivos que sirven para definirle; en el momento de morir era Delegado permanente de España en la Unesco, cargo que ocupaba desde 1952.

A nosotros nos importa resaltar sus méritos como pensador y humanista.

«Helmántica», 30 (1958).

Como humanista, desde el primer día (1922), fué Director de la Fundación «Bernat Metge», nacida por obra y gracia del gran mecenas llamado Cambó, colección que planeó sobre la francesa de «Les Belles Lettres», y colaborador de tomos dedicados a Cicerón, Quinto Curcio, etc.

En la primavera de 1927 hizo un viaje a Grecia en el «Patris B», invitado a las fiestas de Delfos por Angelos Sikelianos, con un grupo del que formaba parte Mario Meunier y que con el propio Estelrich, con su Pausanias en mano, eran los más cultos y capacitados para comentar panoramas, paisajes y ruinas.

Como pensador, además de otras obras en otros idiomas —escribía y hablaba todos los idiomas románicos y otros—, escribió «Las profecías se cumplen», libro histórico y político de mucha enjundia; han quedado inacabados un estudio sobre el humanista valenciano Vives y la «Teoría del Espíritu», obras en las que había puesto empeño y que corren el peligro de perderse.

Redondeaba una brillante hoja de servicios, que escapa al carácter de esta publicación, una lista subida de distinciones: era Comendador de la Orden de Isabel la Católica, Miembro de la «Classical Society de Cambridge», socio de Honor de la Nueva Cultura de Nápoles y de la «Société des Etudes Latines», de París; además, en 1926, había sido recibido en el seno de la «École des Hautes Etudes», de La Sorbona.

Lorenzo Riber y Campins (1882-1958)

Poco tiempo después de la muerte de Estelrich, experimenta Mallorca —cuna de eminentes humanistas, entre los que cabe destacar al jesuíta P. Bartolomé Pou (1727-1802), único traductor en nuestra patria de la obra completa de Heródoto— otra valiosa pérdida en la persona de Lorenzo Riber, cuyo óbito sobrevino, el 11 de Octubre pasado, en el virgiliano pueblo de los huertos olorosos le Campanet, donde había nacido el 14 de Septiembre de 1882.

Sacerdote muy pronto, Doctor en Sagrada Teología, fué Riber Catedrático de Retórica y Poética y Perfección de Latín en el Seminario de San Pedro de la capital balear desde 1905 a 1913, año en que empezó a residir en la Ciudad Condal, que tanto significó en su labor sacerdotal y en su obra literaria.

El polifacetismo era la nota global de Riber, que fué hagiógrafo, historiador, biógrafo, ensayista, crítico, erudito, poeta y académico de la Real Academia española, pero sobre todo, y por encima de todo, Sacerdote y humanista, faceta esta última que aquí debemos destacar.

Riber dió pronto pruebas de sus dotes de humanista, y en público, en los Juegos Florales de Barcelona de 1907, en los que obtuvo la Flor Natu-

ral con el poema «La cabellera de Berenice», de cinceladas y perfectas estrofas sáfico-adónicas.

Como traductor, Riber estuvo tan acertado en la lengua castellana como en la lengua catalana —de paso, conviene recordar el fácil bilingüismo de los escritores mallorquines— ora en prosa, ora en poesía; desde el primer día fué uno de los colaboradores más eminentes y eficaces de la Fundación «Bernat Metge»; al castellano o al catalán —a veces en los dos idiomas— vertió total o parcialmente a Virgilio, a Horacio, a Cicerón, a Salustio, a Tácito, a San Agustín, a Séneca, a Juan Luis Vives, cuyas versiones encabezó a menudo con prólogos eruditos, sólidos, profundos y extensos.

Por si todo lo dicho pareciera poco, acrecientan el prestigio de Riber como humanista las biografías de Raimundo Lulio (1935) —a quien biografió varias veces— Prudencio (1936), Marco Valerio Marcial (1942) y Vives (1947).

Lorenzo Riber ha sido un cerebro privilegiado, un trabajador incansable, un lector infatigable, un humanista que vibró de verdad, un erudito profundo, un poeta en prosa y en verso, «amador extremado de lo arcaico», un orfebre impecable e implacable de la lengua y del estilo, un hombre siempre sencillo, con esa sencillez que evidencia el subtítulo «Prólogos, interpretaciones y comentarios» de las Obras Completas de Virgilio y Horacio, aparecidas en 1941.

A modo de síntesis y colofón, diremos que Lorenzo Riber y Campins fué un fiel y apasionado intérprete de la Roma eterna.

ANTONIO VIVES COLL.